



CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS ARTURO USLAR PIETRI
FOROS DE LITERATURA

FORO:

LA LITERATURA DE PAUL AUSTER

FOROS de literatura en el CELAUP

Miércoles 15 de febrero

Lunes 26 de marzo

Auditorio Manoa Celaup 10:30 a.m.

Miércoles 15 de febrero

NOVELISTAS VENEZOLANAS DE NUESTROS DÍAS

Participantes:
Helena Arellano Mayz, escritora, autora de *Lances, lunares y luces*
Gisela Cappellin, escritora, autora de *La cena y Primavera en Berlín*
Mariana Libertad, escritora, autora de *Deambulando hacia la lumbre*.

Moderador:
profesor Karl Krispin.

Lunes 26 de marzo

LA LITERATURA DE PAUL AUSTER

Participantes:
Jonathan Bustamante, librero de Alejandría II
Helene Zaragoza, profesora de la Universidad Metropolitana
Karl Krispin, profesor de la Universidad Metropolitana
Edgardo Mondolfi, profesor de la Universidad Metropolitana.

Moderadora:
profesora Myriam Berrizbetia.

UNIVERSIDAD METROPOLITANA
www.unimet.edu.ve

“La literatura de Paul Auster”

Lunes 26 de marzo de 2012, 10:30 AM, Auditorio Manoa

Invitados: Helene Zaragoza, Jonathan Bustamante, Karl Krispin y Edgardo Mondolfi

EDGARDO MONDOLFI GUDAT

Uno de los rasgos más perturbadores de la obra novelística de Paul Auster es que el lector se ve obligado a adentrarse en ella sin la guía confiable de una brújula o un mapa. Todo menos la certeza de un viaje seguro es lo que le aguarda a quien acepte el reto de explorar su prosa de ficción. No saber nunca, a ciencia cierta, adónde lo llevarán a uno sus páginas, es lo que hace que la narrativa de Auster se torne en una fuente tan adictiva. Tal vez esa condición se deba precisa –o fundamentalmente- al hecho de que sus protagonistas, o casi todos ellos, comparten una peculiaridad común: son seres tomados por obsesiones capaces de hacerlos abandonar, súbita y abruptamente, el curso de sus propias vidas, de extraviar el rumbo de su propia navegación. Obviamente la vida de nadie es lineal ni, mucho menos, una autopista asfaltada. Cualquiera puede vivir con la sensación del zigzag. Cualquiera puede convenir en que la vida está hecha de intersecciones extrañas y bifurcaciones insospechadas. O concluir, tal vez, que la realidad es mucho más misteriosa de lo que es capaz de admitirlo nuestra propia arrogancia. También bastaría pensar por un

momento en el hecho de que podrían haber habitado en uno tantos destinos distintos como el número de caminos que hemos descartado en la vida.

Sin embargo, cuando se trata de asociaciones inesperadas o de caminos que se bifurcan, nada se asemeja a las experiencias padecidas por los personajes que conforman la narrativa de Paul Auster. Puede que uno de tales personajes sea un escritor bastante exitoso de novelas policiales que, por un capricho del azar, acepta el desafío de convertirse en un auténtico detective sólo por la aventura de resolver un misterio que la vida real le ha puesto por delante; pero nada nos habría hecho imaginar, como lectores, que a la vuelta de una serie de singulares imprevistos, este personaje terminaría convirtiéndose en un indigente, forzado a vagar sin rumbo por las calles de Nueva York. Lo mismo ocurre con el protagonista de otra novela, quien se ve castigado en igual grado por el universo de azares tan recurrente en Auster. En este caso, el personaje en cuestión termina siendo el heredero, no sólo de toda la obra literaria inédita que ha dejado en sus manos su mejor amigo de la infancia antes de desaparecer de forma misteriosa sino que, de paso, le ha dejado también en comodato a su propia esposa. Tamaña herencia: una colección de escritos sin publicar pero insospechadamente valiosa que obraría en sus manos a partir de ese momento y, también, una mujer atractiva hasta la médula que obrará entre sus brazos durante el día, o entre sus piernas, por la noche. La conjunción de ambas e inexplicables herencias terminan metiendo a este personaje en el camino de un verdadero infierno que, por poco le cuesta la vida, cuando ya casi le ha costado, a lo largo de los capítulos de la novela, su propia entereza mental.

Plantados frente al desafío que les ha impuesto el azar, ambos son, pues, personajes capaces de echar todo por la borda con tal de no renunciar a los impulsos de sus respectivas obsesiones: uno, por resolver un misterio aceptando el temerario rol de actuar como un detective auténtico; el otro, desviviéndose literalmente por descubrir por qué desapareció el amigo y por qué le dejó, de golpe, tanto su obra literaria como su mujer. La obsesión es, en ambos casos, el elemento clave y vinculante. Y justamente es también una de las principales características que habita el centro de dos novelas de Auster que quisiera comentar de seguidas: *La ciudad de cristal* y *La habitación cerrada*.

Ambas, publicadas en su original inglés de manera casi simultánea (la primera data de 1985; la segunda, de 1986) terminaron integrando, junto a una tercera novela titulada *Fantasma*, la llamada *Trilogía de Nueva York* que hizo, entre otras cosas, que este autor, uno de los principales exponentes de la nueva narrativa de ficción en los Estados Unidos, fuese hasta la fecha uno de los pocos norteamericanos, junto con el dramaturgo Arthur Miller y la ensayista Susan Sontag, en haber recibido el prestigioso Premio Príncipe de Asturias de las Letras como reconocimiento internacional a su obra.

Cuando el azar acecha y agrede

Todos, alguna vez, hemos experimentado el desconcierto que provoca una llamada telefónica equivocada y, más aún, si ésta ocurre a mitad de la noche. La sensación de que a uno lo confundan con otra persona es verdaderamente extraña. Me sucedió, por caso, hace dos semanas atrás, justamente mientras leía a Auster. “¿Hablo con Ramón Hurtado?

– Me agredió por teléfono una voz desconocida-. *No. Está equivocado. ¿Seguro? Seguro. ¿No es el 977, etc., etc.? Sí. ¿Pero no vive allí Ramón Hurtado? No. Esta es la familia Mondolff*”. Como se ve, la primera vez se tiende a ser indulgente, paciente e, incluso, hasta compasivo con la voz que se empeña en manar desde el otro lado de la línea mientras pregunta por alguien que no es uno mismo. Se puede ser inclusive cortés con el intruso para ayudarlo a salir lo menos apenado posible de semejante trance. Pero si esa llamada se repite y la insistencia es la misma, la reacción puede ser más bien seca, cortante y hostil. Después de eso sería extraño que insistiesen en llamar al número de uno por tercera vez. Además, el tres es un número cabalístico y, para muchos, fatal. No sé qué podría sentirse en el caso de que tal cosa ocurriera, es decir, que la llamada de un extraño interrumpiera la noche por tercera vez consecutiva. Pero sí les puedo contar lo que hizo David Quinn, el protagonista de *La ciudad de cristal*, al verse ante una situación exactamente igual a la mía.

Las primeras dos veces que recibió la llamada de aquel extraño, que a la vez preguntaba por otro extraño, Quinn reaccionó como lo hice yo. Pero, a la tercera, resolvió transformar el error en un juego y, a partir de ese punto, hacerse pasar por la persona solicitada. Desde el momento en que corrió la aventura de asumir aquella nueva identidad, la vida de Quinn comenzó a cambiar, enrarecerse y transformarse. En otras palabras, a Quinn le ocurrió algo similar al Alonso Quijano de Miguel de Cervantes cuando aquél resolvió adoptar la identidad de un caballero andante, asumir el nombre de *Don Quijote* y salir por el mundo a enderezar entuertos ajenos. La aventura acabó devorándose a Don Quijote. Pues ocurre que la falsa identidad que adoptó Quinn por el simple gusto de hacerlo, terminó devorándose al verdadero Quinn.

No se asume tan fácilmente la propiedad de otro nombre, ni la naturaleza de una personalidad ajena cuando ni siquiera se tiene claro quiénes somos nosotros mismos. Quinn resolvió entonces echarse encima la carga de un invento a partir de aquella llamada telefónica dictada por un simple azar. La voz que le hablaba desde el otro lado le propondría –y Quinn aceptaría- actuar como detective. A todas éstas, la voz estaba convencida – porque así había creído constatarlo en el directorio telefónico de la ciudad- que en esa casa vivía un detective privado de bien ganada fama en Nueva York. Cuando resolvió atender la llamada por tercera vez, Quinn no vaciló, en efecto, en responder que él era el detective a quien andaban buscando. Por ello, acepta el reto de seguirle los pasos a un antiguo profesor de Harvard, un hombre muy rico, descendiente de una de las familias fundadoras de Nueva Inglaterra, recién salido de prisión tras haber sometido a su hijo a un horroroso experimento. Obsesionado por demostrar que el ser humano puede desarrollarse con plena autonomía e, incluso, ser capaz de conservar intactas sus habilidades lingüísticas luego de verse sometido a un prolongado y solitario confinamiento, sin contacto alguno con el mundo exterior, el Profesor de Harvard resuelve poner en práctica semejante hipótesis en la persona de su propio hijo. Al cabo de varios años, la víctima es descubierta por simple casualidad dentro de una celda improvisada que el padre le había hecho construir en la trastienda de su propia casa. El niño, como cabe imaginar, terminó convertido en un animal asustado y salvaje y, desde luego, como también cabe suponerlo, el padre-profesor acabó purgando su delito en prisión. Pero, al cumplirse el término de su sentencia, la familia del niño –ya para entonces, convertido en un adulto idiotizado e inservible- teme que el Profesor

regrese al mundo con la sola intención de vengarse de su fracaso. A partir de ese punto, comienza a operar la aventura sin retorno de David Quinn. Una aventura que, a fin de cuentas, desaconseja seguirle el juego a cualquier llamada telefónica que provenga de un extraño, más aún en medio de la noche.

Cuando el pasado nos alcanza

Todos hemos tenido algún entrañable amigo de la infancia que, en algún momento de la vida, desaparece para siempre, sin dejar trazas, sin que volvamos a escuchar una sola palabra acerca de su destino (aquí tal vez sólo cabría hablar, como una excepción en estos tiempos, del milagroso *Facebook*, motor de recuperación de amigos perdidos). Pero lo cierto del caso es que no pocas veces ocurre que el recuerdo que mejor conservamos de ese amigo remoto es que fue el centro exacto de las cosas, el que maduró y descubrió el mundo mucho más rápidamente que el resto de nosotros, el que nos mantuvo unidos como grupo en el colegio o en el vecindario. Era el amigo al que imitábamos sólo para sentirnos como él, hablar como él, actuar como él. Me refiero con ello a un grave y temprano caso de adoración al héroe. Esa es justamente la clase de experiencia que se apodera del protagonista de la otra novela de Auster, *La habitación cerrada*, cuando muchos años más tarde, creyendo que ese amigo, llamado Fanshawe, se había eclipsado para siempre, resucita del modo más extraño que quepa imaginar.

Un buen día, un día cualquiera, nuestro protagonista descubre, en su buzón de correo, un sobre dirigido a él por una mujer que dice llamarse la esposa de Fanshawe. Fanshawe había desaparecido, sin que la policía fuese capaz de dar con él o, en el peor de los casos, ni tan siquiera con sus huesos. Pero la mujer está convencida de que Fanshawe está vivo, muchos indicios y presentimientos así se lo confirman. Pero hace falta que lo encuentre alguien que no sea un policía ni un detective privado, porque todos esos intentos han fracasado ya en el camino. Sophie Fanshawe –que así se llama la mujer- recuerda que Fanshawe le había hablado a su vez de ese amigo de la infancia. Por eso, Sophie Fanshawe confiaba que sólo alguien como nuestro protagonista, que lo había llegado a venerar, que había llegado a conocer a su esposo hasta sus hábitos más íntimos, sobre todo en esa etapa temprana de la vida en la que no precisamos mentir ni fingir ante los demás, era el único que podría dar con su paradero.

Pero había más. Había una especie de disposición testamentaria. Fanshawe había acumulado, a lo largo de su vida, una obra literaria inmensa, que no se había atrevido a publicar jamás. Fanshawe sabía también que su amigo, nuestro protagonista, era un autor medianamente reconocido y exitoso, y que si algo llegara a ocurrirle a él alguna vez, ese amigo, nuestro protagonista, sería la única persona capaz de apreciar su obra, tal vez ordenarla y editarla inclusive. Así se lo había dicho a su esposa, Sophie Fanshawe. Dicho y hecho: nuestro protagonista se asombra con la calidad literaria que descubre en la obra inédita de su amigo desaparecido. Pone en orden el caos de papeles y resuelve publicarlos. Fanshawe se convierte así, de golpe, en un éxito inesperado de ventas. Todas las librerías de Nueva York se colman con libros de Fanshawe, las vidrieras no se dan abasto, y los editores le reclaman a nuestro protagonista más y más obras inéditas de su desaparecido amigo para seguir publicando y engordando las cifras. El dinero, por concepto de derechos

de autor, no cesa de entrar a raudales. Parte de ese dinero es para él y la otra, para la esposa abandonada. Ahora bien, este ciclón que succiona y arrastra a nuestro protagonista lo avienta unos pasos más allá, puesto que termina enredándose sentimentalmente con la desdichada mujer a quien el perfecto amigo de su infancia, y aún más perfecto escritor inédito, dejó abandonada a mitad del camino. Ocurre algo más extraño todavía: nuestro protagonista descubre, ya que Fanshawe se ha convertido en una industria editorial exitosa, que él podría dejar de escribir su propia obra, imitar el estilo literario de Fanshawe y seguir viviendo cómodamente de aquella gloria ajena. La tentación era demasiado grande y la idea, atractiva. Pero mientras más intentaba hacerlo, más se daba cuenta de que no podía competir con el fantasma de Fanshawe. Le resultaba imposible imitarlo. El talento de Fanshawe frustraba, sin quererlo, su propio talento. Así que mucho tiempo después de que ambos habían resuelto olvidarse de salir a buscar a Fanshawe por el mundo, puesto que la nueva pareja llevaba ya una vida feliz, holgada y llena de dinero, nuestro protagonista decide salir a buscarlo por su propia cuenta. Lo hace para tratar de comprender por qué Fanshawe, el amigo de la infancia a quien había creído conocer tan bien, había hecho lo que hizo. Hallarlo y matarlo si fuera necesario, para conjurar el fantasma. El talento de Fanshawe no sólo lo frustraba sino que lo envolvía. Se sentía presa de Fanshawe, quizá incluso obsesionado o poseído por él. Allí comienza la verdadera búsqueda. Una búsqueda difícil. El camino ofrece pocos rastros, pocas pistas. Cada vez que se aproxima a encontrarlo, descubre que Fanshawe ha optado por otro trabajo y por otro estilo de vida, y sus pasos lo eluden cada vez que cree estar encima de él. Por donde quiera que vaya, nuestro protagonista descubre que Fanshawe ha ejercido innumerables oficios, que vive del menudeo, por aquí y por allá, de un continente a otro. Ha sido profesor y traductor en París, telefonista en una agencia de noticias y hasta operario en la sala de máquinas de una nave petrolera. Ha cuidado de una casa de campo en el sur de Francia. Había vivido de puerto en puerto en el Golfo de México y, para colmo, como buen escritor, había escrito a pago cartas de amor encargadas por los marineros.

A fin de poder justificarse ante su nueva esposa y sus editores, nuestro protagonista declara que, si tanto había sido el éxito literario de Fanshawe, era llegado el momento de escribir su biografía. Era la coartada perfecta. Se puede seguir a otra persona para observarla o espiarla inclusive, pretextando escribir su biografía. Eso es lo que resuelve hacer nuestro protagonista. Para ello necesita viajar y documentarse; pero, también, contar con la indulgencia de su mujer –la ex esposa de Fanshawe–, y con ciertos anticipos por parte de los editores de su obra que le permitieran cubrir los gastos de tan largos y delirantes viajes tras la pista de aquel fantasma. Adondequiera que llegaba, Fanshawe parecía eludirlo. Nuestro protagonista va convirtiéndose así en una especie de Marco Polo. Lo único que era capaz de concluir era que Fanshawe había resuelto renunciar al mundo, buscando ampararse en una terca marginalidad. Adondequiera que llegaba, los testigos no se cansaban de asegurarle que Fanshawe era perfecto. Era casi un Dios. Pero desaparecía sin previo anuncio. Cuando todo el mundo lo necesitaba. Nadie, a fin de cuentas, sabía decirle a nuestro protagonista adónde había ido a parar Fanshawe o a qué nuevo asunto se dedicaba. Nuestro protagonista fingía escribir esa biografía mientras perseguía tercamente a su víctima. A cada nuevo destino, a cada nueva revelación acerca del paradero de Fanshawe, nuestro protagonista se ve en el trance de comenzar todo de vuelta.

Si Fanshawe había sido traductor y profesor, ahora bien podía ser un asistente de cocina en París, o fogonero a bordo de un barco en Nueva Orleans. Se convenció de que nada le devolvería la vida si no hallaba a Fanshawe. Pero cada revelación acerca de su nuevo destino le estallaba en la cara como una maldición. ¿Por qué diablos Fanshawe era como era? ¿Por qué no se quedaba quieto en algún lugar? La obsesión por encontrarlo lo llevó, poco a poco, a un convencimiento: aquél hombre era demasiado perfecto para los asuntos de esta vida; demasiado perfecto para que la felicidad durara. Por eso dominaba todos los trabajos, pero también los abandonaba. Por eso abandonaba todas las estaciones que se le habían puesto por delante. Por eso abandonó a su mujer y toda su obra literaria sin que le importase un bledo una u otra. Lamentablemente, la forma como nuestro protagonista resuelve enterrar a ese fantasma que lo roe sin piedad forma parte de esas partes de una novela que no pueden contarse sin correr el riesgo de arruinar las ilusiones del lector.

Como puede colegirse de esta apretada síntesis, ambos protagonistas juegan a ser detectives. Ambos se ven sobrecogidos al final por la aterradora constatación de que han descubierto más de sí mismos que del objeto al cual persiguen. De esta forma, *La ciudad de cristal* y *La habitación cerrada* forman una parodia del género; en el fondo, son un homenaje al género de la novela negra pero, a la misma vez, una especie de anti-novela policial. Algo similar a como *El Quijote* es una novela de la anti-caballería y, a la vez, si se quiere, la última del género caballeresco.

Auster, dicho sea de paso, jamás ha dejado de insistir en su filiación directa con Cervantes. Así lo ha dado a entender en las innumerables entrevistas que ha concedido. De hecho, considera al *Quijote* como uno de sus principales afluentes literarios, tanto como ha confesado su deuda inmensa con dos de los principales mariscales de lo absurdo: Franz Kafka y Samuel Beckett. Visto aún más de cerca, los protagonistas de ambas novelas actúan como quijotes que cumplen la idéntica función de salvar vidas ajenas: en el caso de Daniel Quinn, en *La ciudad de cristal*, al socorrer al joven devenido en idiota por culpa de las crueldades de su padre; en el caso de nuestro protagonista de *La habitación cerrada*, al proteger a su nueva mujer de aquel hombre que, por perfecto, ha devenido en un monstruo. Ambos, son quijotes, pero no en la Mancha del siglo XVI, sino en la delirante y caótica Nueva York del siglo XX.

KARL KRISPIN

Aprendí que la libertad puede ser peligrosa. Si no tienes cuidado, puede matarte. Leviafán

Cuidado con Auster: causa adicción inmediata

El 13 de septiembre de 2011 consentí a un acto de adicción de esos que valdría la pena pensárselo antes de que te arrastre sin contemplaciones a un vicio inusitado: ingresé a una librería de mi ciudad y adquirí *La noche del oráculo* de Paul Auster. Hace algunos años había tenido fagazmente el *Palacio de la Luna* entre mis manos pero como era

prestado, la persona que me lo otorgó con plazo de vencimiento, se arrepintió inmediatamente de habérmelo dado ya que dos semanas después de tenerlo, no lo había abierto. Ella inquirió con cierto apremio si había revisado sus páginas y mi respuesta negativa le pareció una inaceptable provocación. Estaba en lo cierto y yo no lo sabía. Auster comienza a convertirse en un desvelo y cualquier reacción en contra, es sentenciada. Significaba que había poseído una revelación y la había despreciado. Esa súbita adicción iniciada en septiembre me empujó a recorrer librerías, a dejar encargos en las mismas, a negociar el precio de un libro, a malhumorarme porque el encargo había sido irrespetado y otro adicto a Auster se había adelantado y me lo había arrebatado. En todas las librerías que visité, sus libreros me aconsejaban en voz baja, como quien murmura una fría recomendación policial o tiene ante sí un desajustado, que no titubeara ante un precio, que si no lo adquiría de inmediato, vendría otro porque quienes se han decidido por Auster, conforman legiones parecidas a los lectores del maestro Borges, de Murakami, de John Kennedy Toole o del incomparable Álvaro Mutis. Entre septiembre y diciembre del mismo año, di con unos once libros de Auster. Pude superarlo gracias a un tratamiento de rehabilitación que comencé con Thomas Mann y Stefan Zweig.

Harold Bloom, ese gigante intelectual de los Estados Unidos ha escrito en uno de sus libros que los americanos tienen su Dios particular. Que el dios de la cristiandad no es igual en ese país que en el resto del mundo. Que los americanos se sienten especialmente amados por Dios y que América es la posibilidad de realización del paraíso en la Tierra, como lo pensaba Joseph Smith, el fundador de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, mejor conocida como los mormones. De hecho Bloom llega a afirmar en la *Religión americana* que: “Los Estados Unidos de América son una nación enloquecida por la religión”. La literatura de Auster no es religiosa. De hecho Paul Auster es un judío de Brooklyn pero sus personajes habitan y viven el sueño americano, que probablemente sea el sueño protestante, la Tierra de Gracia y la materialización de quienes han pensado en la América predestinada. América es la nación que reconstruye la caída original y los individuos de Auster atestiguan la disyuntiva entre seguir su destino o desecharlo. Y aquí entra uno de los elementos más atrayentes de la literatura de Auster: el dilema entre avanzar o caer entre la vía que traza la ruta de las realizaciones ante la interrupción súbita del azar. Quienes aparecen entre sus párrafos no son otra cosa que rebeldes de la libertad impuestos en el libreto de la sociedad de la pujanza y que han decidido mirarse a sí mismos para cuestionarse su propia identidad. He allí la fascinación que ejerce sobre sus lectores cuando es capaz de levantar a los personajes de sus textos sobre sus propias circunstancias, cuando no existe remordimiento de reconocer sus dobleces o su desdoblamiento frente a las circunstancias de la realidad que los exalta, condena o traiciona.

El azar y sus dilemas

La literatura de Auster constituye un viaje. Un viaje excepcional, el más excepcional de todos que es la vida misma. Entre los favoritos de su trama aparecen siempre escritores con lo que se delata a sí mismo y con los que intenta la reinención de un lenguaje para enfrentar la caída original del Paraíso que se recompone en Norteamérica. Porque el

Paraíso Perdido es también la pérdida de un lenguaje común, como se señala en su obra. Estos viajeros emprenden un camino para huir o sospechar de lo que les rodea, para volver a lo que les rodea, para perderse en lo que les rodea o, para el momento cúspide del dilema entre avanzar y caer: para desaparecer definitivamente. Precisamente en ese juego de azares, Auster recuerda a un personaje de *El halcón maltés* de Dashiell Hammett, que caminando por una calle, atestigua como un cornisa cae a su lado y está a punto de matarlo. Esta persona cavila, se aterroriza al reparar que de haber caminado un metro más, habría sido fulminado por el artefacto. En ese momento considera este hecho como un aviso del destino y en lugar de afirmar su regreso a casa, su vuelta a las circunstancias normales de la vida, decide hacer todo lo contrario: huir de las circunstancias normales de su vida que lo estarían empujando a un aniquilamiento y buscarse otra justificación de sí mismo. Claro que entre huidas, se produce la gran escapatoria y seguimos haciéndonos muchas preguntas después de seguir a quienes se debaten hamletianamente entre ser o no ser, entre confirmar lo que han venido siendo o dar el salto hacia lo desconocido. Sus individuos viven en este filo de la navaja y avanzan hacia nuevas situaciones a medida que un momento de inflexión los arrincona. Pasan de la estabilidad al desenfreno. Y esta resolución de engañar a la realidad con un atajo, es la venganza última de Auster, el acto de suprema rebeldía a este guion del destino manifiesto, del juego protestante de las ilusiones. De la realización del paraíso en tierra americana.

Los atajos en Paul Auster tienen inmensas posibilidades. Se multiplican y extrapolan y de lo que finalmente se trata es que califican a unos protagonistas, nada peculiares y nunca sacados de un comercial del YMCA o de las cuñas publicitarias de un detergente de consumo masivo: son más bien renegados, desconcertados, *freaks*, detectives que no se han dado cuenta de que lo son, artistas, ninfómanas, traidores, escritores, místicos, delirantes, impostores, fracasados, cineastas, teólogos, mendigos, tráfugas o heterodoxos. Nadie parece estar plenamente a salvo en la realidad y nadie permanece tranquilo en ella. Las líneas narrativas de Auster son de un vértigo constante, de una mudanza hacia las regiones de lo incierto que puede estar a tres cuadras de un domicilio de Manhattan o en las escarpadas laderas de Vermont. Sus figuras se desplazan de un lado a otro indagando lo que creen haber extraviado o van en busca de alguna revelación secular como acontece en *Leviatán* o en la *Trilogía de Nueva York*. Y si la realidad se hace estrecha, en los sueños suceden tantas cosas como posibles sean. Al fin y al cabo Auster, como Giordano Bruno, cree que si hay mundos infinitos es porque habrá dioses infinitos. En los sueños, Auster crea nuevas realidades que pronto comienzan a demostrar el modo en que los mundos paralelos dialogan entre sí como en su novela *Un hombre en la oscuridad*. Además, las palabras en Auster son adelantos de un futuro porque cuando se escriben, ocurren.

La teoría de la conspiración

Uno de los elementos fascinantes de toda su literatura es que en sus páginas brilla, como en pocos otros autores americanos, eso tan socorrido por Norteamérica como lo es “la teoría de la conspiración”, ese entretejido más propio de la novela negra o del género de detectives, donde están alineados simultáneamente varios factores para la comisión más

que de una fechoría, de un juego de destinos donde invariablemente alguien resulta afectado por uno de los trazos de lo inevitable. Uno de estos huecos negros donde caen arrojadas las víctimas puede ser una habitación cerrada, el juego de robar una identidad, la impostura de una personalidad o literalmente quedarse encerrado para siempre en un sótano. Las aceras por donde se camina en sus novelas son creadoras y destructoras. Salirse de la línea puede ser costoso. Auster parece jugar con la frase de Hölderlin: “Que así el hombre no traicione lo que de niño prometió”. La traición o el guiño al destino pueden desencadenar más de una consecuencia. Al final de la autopista, los que han huido sabrán por qué lo hicieron y hasta dónde llegaron o si tienen que volver a empezar, como las historias que se repiten y nunca se detienen.

Auster es uno de los grandes narradores de nuestro tiempo, independientemente de que suene a frase remendada. Hay mucho eco en él de Mark Twain, de Nathaniel Hawthorne, Dashiell Hammett o William Faulkner. Tiene la marca de las huellas dactilares de los escritores de la libertad y a la vez de un sino apremiante. Precisamente uno de los cuentos de Nathaniel Hawthorne, *Wakefield*, es la historia de un hombre que abandona su casa y los suyos y se instala a vivir en frente por años sin volver. Cuando intenta regresar, todo ha cambiado. El propio Hawthorne nos lo dice pavimentándole la vía al neoyorkino: “los individuos se ajustan con tanta perfección a un sistema, y los sistemas unos a otros, y a un todo, de tal modo que con sólo dar un paso a un lado cualquier hombre se expone al pavoroso riesgo de perder para siempre su lugar.” Igual nos pasa con Auster y sus trabajos: después de haber buscado residencia entre ellos, ya nada será como antes porque después de recorrer sus páginas, y descubrir la conspiración que tramó con nosotros, hará que ocupemos inevitablemente un espacio diferente.

JONATHAN BUSTAMANTE

Perder un vuelo y conocer al amor de tu vida, atender una llamada equívoca y pretender ser la persona correcta, ceder el paso al cruzar una calle. Hechos cotidianos y casuales que pueden determinar nuestros destinos, situación que ha obsesionado a Paul Auster a lo largo de sus creaciones durante su exitosa y extensa carrera como escritor de novelas y guionista.

Dos libros esenciales para comprender su universo son *El cuaderno rojo* y *La invención de la soledad*.

En *El cuaderno rojo* Auster desarrolla en escasas sesenta y cuatro páginas las circunstancias y hechos que lo llevaron a recurrir a la pluma, convirtiendo esas curiosas historias que han adornado sus días en escritos fascinantes con una prosa única que lo identifica. “*Un número equivocado inspiró mi primera novela*”, una tarde cualquiera en su apartamento en Brooklyn Auster atiende una llamada, al otro lado de la línea preguntan si se han comunicado con la Agencia de Detectives Pinkerton, él contesta que se han equivocado y cuelga la llamada. A la tarde siguiente atiende otra llamada, para su sorpresa es el mismo individuo preguntando nuevamente por la agencia de detectives, le indica una vez más que el número es equivocado y cuelga. Pero el hecho se queda en su mente y

comienza en él un juego de interrogantes: si suplantara la identidad de un detective de la agencia ¿qué habría sucedido si hubiese aceptado el caso? De esas dudas nació *La ciudad de cristal* la afamada novela que dio inicio a la *Trilogía de Nueva York*.

Poco tiempo después de la muerte de su padre se aboca a escribir, dándole vida al libro *La invención de la soledad*, lidiando con su dolor de la mejor manera que conoce: plasmando sus pensamientos en el papel.

Su padre era un hombre poco conversador, indescifrable a causa de su silencio, con valores firmes y un adicto al trabajo. Auster, al desarrollar sus ideas a través de las palabras, buscaba enterrar y dejar en el pasado a aquel solitario que alguna vez fue su padre, borrar el recuerdo del dolor enterrándolo en un solemne acto de memoria y comprensión. Pero se equivocó, a medida que escribía parecía que Sam Auster estaba con más vida que nunca, irónicamente con mayor presencia, ahora que su cuerpo había mutado a un despojo sumergido en las sombras, alimentando a otros seres invisibles. A lo largo de *La invención de la soledad*, Auster realiza un ejercicio de perdón, donde las memorias saldan cuentas pendientes, enterándose que se parece más a su padre de lo que consideraba. Al hacerse traductor (oficio de sus primeros años de la mano con la poesía) se convierte en un usurpador de identidad, se transforma en un devorador de almas, donde debe pretender ser aquel alquimista inicial, traducir sin cambiar la fórmula original, su padre era un hombre de varias identidades, para cada persona que lo conoció existía un Sam Auster distinto, para cada uno de ellos traducía su propia vida para el gusto y complacencia de todos. Al hacerse escritor se convierte en un guardián de la soledad, donde el silencio es compañía suficiente para soportar la existencia, donde los pensamientos delimitan al mundo circundante permitiendo vivir tu propia historia. Su padre nunca entendió que su hijo se hiciera poeta y escritor, él nunca comprendió a su padre por su aislamiento y silencio, ambos, sin saberlo, terminaron siendo la misma persona.

Las casualidades que se convierten en destino, así me gusta definir la literatura del hombre que hace un homenaje continuo al oficio de escritor. Auster ha sometido a sus personajes a lo largo de su narrativa ha incontables vicisitudes, engañándolos, haciéndoles creer que lo que ocurre son simples condiciones del azar hasta llevarlos a un destino que han querido evadir y con extraña pasividad terminan por aceptar.